

DE BUENAS LETRAS

Terremoto en Lombok

RAFAEL GUILLÉN

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

«Recordar es volver a morir», dije alguna vez, contradiciendo las más divulgadas teorías sobre tan sugestivo tema. O como, desde parecida perspectiva, dijo André Gide: «Nada impide tanto la felicidad como el recuerdo de la felicidad». Y es que los momentos aquellos murieron, y su nostálgica exhumación es una nueva ceremonia de dolor; porque el recuerdo no es más que la constatación de una pérdida. Hablo, claro, de los momentos felices; que los tristes bien sepultados están y no hay por qué inquietar su descanso, lo más eterno posible.

Pienso en esto a raíz de la noticia de un nuevo terremoto en la pequeña isla indonesia de Lombok. Y todas las consideraciones más o menos literarias sobre mis gratos recuerdos en aquellas lejanas latitudes se me vacían de contenido ante la terrible realidad de cerca ya de un centenar de muertos.

Fueron aquellos unos días intensos, en comunión con una desbordada naturaleza, que hacía de cada minuto un canto a la vida, a la poco frecuente sensación de estar vivo: luz, color, esplendorosa y exótica vegetación, interminables playas, claridad a veces, a veces

lluvias torrenciales. Un pequeño y destartado avión a hélice nos había depositado con primor en el aeropuerto de Mataram, la ciudad más importante.

Si bien la playa más conocida es la de Senggigi, son incontables las que circundan la isla: fina arena, cristalinas y turquesas aguas, olas poderosas o mansas, rojos ocasos entre las palmeras... Pediría prestada la pluma a Joseph Conrad para describir aquellos mares del sur. Recuerdo, en una de esas playas, con un fondo de estrechas barcas varadas, dos filas de pescadores, hombres y mujeres, cubiertos todos con su peculiar sombrero cónico, sacando el copo. Y lo que me sorprendió es que lo hacían sentados; sentados sobre la arena.

Pienso también ahora si estos temblores de tierra, empujando las olas, habrán producido algún destrozo en tan idílicas playas y calas. Y, dada la estructura de madera de la mayoría de las viviendas, hasta dónde habrá llegado el espanto.

Mataram es la ciudad más importante de la isla. El palacio del agua de Mayura, con exuberantes jardines y enormes piscinas, el par-

que Narmada, bulliciosas calles, curiosa ausencia de un turismo que, por entonces, no era visto con buenos ojos; sobre todo en los poblados del interior, de fuerte arraigo musulmán. Antes de la llegada del islam, se practicaba el budismo, y aún queda una pequeña minoría hindú. Imprescindible también en todo viaje es la visita al mercado. El colorido, en el de Mataram es avasallador: rojos pimientos, arroz, café, copra, ajos, coco, mandioca, pescado seco... expuesto todo en trenzados cestos y bateas. Y el tumulto que se apretuja en laberínticos pasadizos entre las mercancías.

Sujeto aquí mi imaginación que, como se sabe, es la loca de la casa y tira por donde le place y a ver quién le pone bridas cuando se desboca. Razón tenía Proust cuando dijo que el hombre juega siempre entre la imaginación y la experiencia.

¿Qué habrá sido de aquellas gentes que nos encontramos por caminos y poblados? ¿O aquellas con las que nos cruzamos por la empinada, serpenteante y estrecha vereda que baja hasta el fondo de la cascada Tiu Kelep, que se despeña desde la mayor altura que contemplé en las estribaciones del volcán Rinjani? ¿Habrá sido este volcán el causante del desastre? El frescor y el agua pulverizada ascendía por la garganta que, cubierta de vegetación, bajaba hasta el valle. De regreso, en uno de los bosques que tapizan aquella escarpada geografía, nos asaltó el vehículo una manada de pequeños monos. Y era entretenido ver cómo se disputaban las chucherías que les arrojamos.

¡Ah, los recuerdos! Muertos, sí, pero tan necesarios cuando todo se va desvaneciendo, cuando todo nos va dando la espalda.